

LOS
CRÍMENES
DE
MITFORD



JESSICA
FELLOWES

Los crímenes de Mitford



Los crímenes de Mitford

Jessica Fellowes

Traducción de Rosa Sanz



Rocaeditorial

LOS CRÍMENES DE MITFORD

Jessica Fellowes

POR LA AUTORA *BEST SELLER* INTERNACIONAL Y CREADORA
DE LAS NOVELAS DE *DOWNTON ABBEY* JESSICA FELLOWES.

Estamos en 1919, y Louisa Cannon sueña con escapar de su vida de pobreza en Londres y, sobre todo, de su peligroso y opresivo tío.

La única salvación para Louisa es una posición dentro de la casa de los Mitford en Asthall Manor, en el campo de Oxfordshire. Allí se convertirá en niñera, acompañante y confidente de las hermanas Mitford, especialmente de Nancy, de dieciséis años, una chica joven y mordaz, fantasiosa e imaginativa.

Sin embargo, una enfermera de nombre Florence Nightingale Shore será asesinada en un tren a plena luz del día, y Louisa y Nancy se encontrarán envueltas en los crímenes de un asesino que hará cualquier cosa para ocultar su secreto.

ACERCA DE LA AUTORA

Jessica Fellowes es conocida por ser la autora de las cinco novelas oficiales de *Downton Abbey*, gracias a las cuales se ha consolidado como autora *best seller* de *The New York Times* y del *Sunday Times* con más de un millón de lectores. Como conferenciante ha asistido a numerosos eventos tanto en Inglaterra como en Estados Unidos, así como varias apariciones en radio y en televisión. Vive en Londres y en Oxfordshire con su familia.

www.jessicafellowes.com

@jessicafellowes

ACERCA DE LA OBRA

«La fascinación por el caso de las hermanas Mitford nunca morirá.»

VANITY FAIR

«Las Mitford: seis hermanas que han cautivado a miles de lectores.»

BBC

«Una vívida, entretenida y brillantemente escrita novela de misterio.»

THE TIMES

«Una extraordinaria mezcla de hechos reales y ficción.»

GRAHAM NORTON

«Elegante y retorcida. Un misterio en la línea de *Downton Abbey* que atrapa desde la primera página.»

VIV GROSKOP

A Simon y George,
Beatrix y Louis

Je est un autre.

RIMBAUD

Prólogo

12 de enero de 1920

El taxi dejó a Florence Shore en la puerta de la estación Victoria a las tres menos cuarto de la tarde. Había sido una auténtica extravagancia recorrer todo ese trayecto desde Hammersmith, pero pensó que se lo merecía. Lo fastuoso de la llegada iba acorde con su nuevo abrigo de piel, un regalo de cumpleaños que se había hecho a sí misma el día anterior para impresionar a su tía, la baronesa Farina, quien la agasajó con té chino y galletas de jengibre al tiempo que se disculpaba por la ausencia de tarta.

11

Florence había pasado por la estación tan solo veinte horas antes, después de visitar a su pariente en Tonbridge, y ahora volvía a dirigirse casi en la misma dirección, a Saint Leonards-on-Sea, donde su buena amiga Rosa Peal regentaba un salón de té. Además del cumpleaños y del abrigo de piel —motivos de sobra para tomar un taxi en lugar de los dos autobuses que habría necesitado para cruzar la ciudad—, Florence contaba con otra excusa para justificar el tipo de transporte elegido, y esa era su considerable equipaje: maletín, maleta, neceser, paraguas y bolso de mano. Por otra parte, en cuanto a la cuestión del derroche, solo habían pasado dos meses desde que se licenciara del servicio, por lo que había incurrido en pocos de los dispendios que se podía haber permitido tras heredar el legado de su hermana cinco años atrás, por no mencionar que también disponía de sus propios ahorros. Así pues, estaba decidido: Florence llamaría a un mozo de cuerda, a quien entregaría una generosa propina si era capaz de portar su equipaje sin proferir una sola queja.

—Al andén nueve, por favor —le dijo—, por los vago-

nes de tercera clase. —Su indulgencia hacia sí misma llegaba hasta cierto límite.

Libre de la carga, Florence se ajustó su elegante abrigo de pieles y sacudió su larga falda. La moda que se llevaba antes de la guerra se adaptaba mejor a su figura; en ocasiones deseaba ser capaz de quitarse el corsé, pero no lograba acostumbrarse. La única vez que había salido a la calle sin su corpiño, se sintió como si hubiera desfilado desnuda ante la gente. Siguiendo el ritual acostumbrado, palpó el bolso, se aferró a su paraguas para ayudarse a andar y se encaminó con decisión hacia la taquilla. No había tiempo que perder.

12 En la estación había una oficina de correos, y se preguntó si no debía mandarle un aviso al conserje de su residencia para informarle de su partida, pero decidió no hacerlo. A fin de cuentas, siempre podría escribir desde Saint Leonards. Prosiguió su camino hacia la taquilla, aliviada de que no hubiera grandes colas, y se situó en la fila de la ventanilla número seis, detrás de una joven de aspecto agradable. Florence observó con aprobación la delgada figura que tenía delante, el lustroso cabello recogido dentro de un voluminoso sombrero, adornado con ribetes de satén azul marino. La locura de la melena corta aún no había inundado la ciudad como había visto que sucedía en París, pero sospechaba que no faltaría mucho para que lo hiciera. La joven adquirió su billete con celeridad, le dedicó a Florence una sonrisa fugaz tras finalizar la transacción y emprendió la marcha.

Florence se encontró frente a frente con el vendedor de billetes que esperaba al otro lado del cristal, un hombre barbudo tocado con una gorra. Durante un breve instante se preguntó cómo era posible que las autoridades ferroviarias permitieran que sus empleados llevaran barbas, hasta que se recordó que era posible que el hombre quisiera ocultar un rostro desfigurado por la guerra. Como bien sabía ella, se trataba de un hecho bastante común en esos tiempos.

—¿Adónde va usted, señora? —le preguntó él.

—Quisiera un billete de tercera clase a Warrior Square en Saint Leonards, por favor. Con vuelta para la semana que viene.

Florence vio que el hombre se fijaba en su medalla de

guerra y le lanzaba una mirada que parecía decir: «Eres de los nuestros».

En realidad, lo que le dijo fue:

—Andén nueve. Llega a tiempo para tomar el expreso de las 15.20. Es un tren rápido con destino a Lewes, donde se bifurca en dos direcciones: los vagones delanteros hacia Brighton, los de cola hacia Hastings. Usted debe sentarse en los últimos.

—Sí, lo sé —repuso Florence—. Gracias.

—Serán seis chelines.

Ya tenía el bolso preparado sobre la repisa, de modo que no tardó mucho en extraer el importe exacto de su monedero. Hábil incluso con las manos enguantadas, Florence le entregó las monedas y recibió a cambio dos pequeños rectángulos de cartón. Puso el billete de vuelta a buen recaudo dentro de su bolso y dejó el de ida en la mano, a la vez que oprimía el cierre con fuerza.

Otra vez en el vestíbulo, Florence alzó la vista para mirar el reloj de la estación. Todavía no era la hora de salida, pero sabía que el mozo de cuerda estaría tiritando en el andén con su equipaje, por lo que renunció a realizar una pequeña incursión en el acogedor salón de té. El trayecto que se presentaba ante sus ojos se le antojó vasto y desolado, más parecido al hangar de un aeroplano que a una estación de ferrocarriles. Hacía tiempo que la crudeza del mes de enero había acabado con la alegría de la Navidad, por no hablar de la novedad de la recién estrenada década. Después de tanto anhelar el fin de la guerra, habían descubierto que ya nada podría volver a ser como era antes. Habían cambiado demasiadas cosas; se habían derramado demasiadas lágrimas.

Al menos, el viaje que le esperaba no era largo, y Rosa le tendría preparada una copiosa cena a su llegada, con generosas raciones de pan con mantequilla espesa, lonchas de jamón a la miel y un vaso de cerveza, a lo que probablemente le seguiría un trozo de la tarta que no se hubiera despachado durante la jornada, acompañado de una cucharada de natillas caseras calientes. Cada vez que pasaba una o dos semanas en casa de Rosa, Florence siempre tenía que soltarse el corsé unos tres dedos. Curiosamente, la idea de aquel festín —algo con lo que podía contar después de haber visitado a su amiga en tantas ocasio-

nes— no logró abrir el apetito de Florence. En ese momento, lo único que le apetecía era una buena taza de té dulce y caliente, pero no importaba. Había pasado por mayores penalidades.

Siguió avanzando en dirección al tren. El andén número nueve era una especie de semiplataforma que recorría el extremo derecho de la estación, de tal manera que uno debía atravesar el andén ocho para llegar hasta él. Mientras caminaba, con aire majestuoso pero firme, como el *Lusitania* al zarpar de Liverpool, le pareció reconocer a alguien por el rabillo del ojo. Aquello le produjo un sobresalto. ¿Acaso sabía él que iba a estar en Victoria en ese preciso instante? El hombre era menudo, anguloso y tosco, como un bote salvavidas de madera frente al transatlántico que encarnaba ella. Casi le daba la espalda, y llevaba el sombrero tan calado que no supo si la había visto. Florence aligeró el paso al tiempo que el corazón le latía más deprisa. Entonces divisó a su mozo de cuerda un poco más adelante, esperando paciente junto a su equipaje, y se tranquilizó. Solo tenía que llegar hasta el tren, que saldría en menos de veinte minutos.

14

Florence buscó la mirada del mozo y la sostuvo mientras se acercaba a él, algo que pareció desconcertarlo bastante. Pese a que no era más que un muchacho, mirarlo hacía que se sintiera más segura. El joven se rascó la barbilla y tiró de la gorra con gesto nervioso. Su agitación hizo que un recuerdo acudiera a la mente de Florence. Se disponía a desterrarlo de su cabeza cuando alguien apareció ante ella, a la derecha del mozo: Mabel.

El chico comenzó a emitir unos sonidos guturales.

—Disculpe, señora, pero esta mujer quería llevarse sus maletas, y no estaba seguro de si... —Su voz se fue apagando a medida que hablaba.

Mabel se adelantó unos pasos hacia ella.

—Florence, querida, el muchacho no ha querido aceptar mi propina.

Florence no le respondió, sino que se dirigió al mozo.

—Está bien, ya puedes marcharte. Gracias. —Zanjó la cuestión dándole un chelín, y el otro se marchó con una expresión de alivio en el rostro. Entonces se volvió hacia Mabel—: ¿Qué estás haciendo aquí?

—Esas no son formas de saludar a una vieja amiga —le

dijo Mabel con una sonrisa—. Solo he venido a ayudarte. Sé lo escrupulosa que eres para sentarte. Además, llevas demasiado equipaje, no habrías podido manejarte sola.

—Tenía un mozo, como has podido ver. Me las arreglo perfectamente.

—Lo sé, pero no hay nada de malo en que te ayude. Y ahora quédate aquí mientras voy a inspeccionar los compartimentos.

El tren había llegado al andén durante la conversación. Puesto que había despedido al mozo, Florence se quedó junto a su equipaje mientras que Mabel abría el primer vagón de tercera y luego el siguiente. No tardó en regresar.

—Deberías entrar en ese. Está vacío y podrás escoger el asiento que quieras. En el otro hay una mujer sentada en la dirección de la marcha que se niega a moverse de allí.

Florence se mantuvo en silencio, inexpresiva, tan difícil de descifrar como una antigua lápida cuyos grabados fueran apenas visibles tras siglos de exposición a la lluvia y el viento. Mabel subió la maleta grande y el maletín de cuero rojo oscuro con los bordes pálidos y desvaídos, maltrecho después de largos años de acompañar a su propietaria por toda Francia. Florence ya había recogido su neceser, pequeño y azul marino, cuya llave guardaba en su monedero. Había sido un regalo de su tía, adquirido en el taller de Asprey de Bond Street cuando la reina Victoria aún estaba en el trono.

15

Ciertamente, en el compartimento elegido por Mabel no había ni un alma, y ya se habían encargado de recoger los desperdicios que solían dejar los pasajeros entre trayecto y trayecto. Había dos bancos acolchados, uno frente al otro, y una sola puerta al otro lado. Una vez que el tren se hubiera puesto en movimiento, no podría entrar nadie más. Mabel colocó la maleta debajo del primer asiento del lado derecho, en el sentido de la marcha. El maletín lo dejó al lado de donde se iba a sentar Florence. Esta se quitó el sombrero y lo puso encima del maletín.

—¿Has traído algo para leer? —le preguntó Mabel, acercándose para mirar en el bolso de mano, pero Florence lo apartó con brusquedad—. Será mejor que te sientes. Ya no queda mucho tiempo.

Florence no hizo más comentarios, pero se sentó en el lugar

escogido por Mabel. Estaba en el extremo más alejado y no sería fácil que alguien pudiera verla desde el andén. Todavía no había anochecido, pero el cielo estaba encapotado, del mismo gris mugriento que el suelo de mármol del vestíbulo. Por suerte, los conductos del vapor no tardarían en hacer que entrara en calor. Había lámparas de gas en los compartimentos, pero no se encenderían hasta que llegara a Lewes. No era imposible leer bajo esa luz, pero tampoco resultaba particularmente cómodo para una mujer de su edad —cincuenta y cinco años cumplidos el día anterior—. Había decidido jubilarse al acabar la guerra, y ahora, pensaba, solo le restaba disfrutar de sus últimos años.

Mabel se irguió como si estuviera a punto de decir algo, pero un movimiento la sobresaltó a sus espaldas. La puerta se abrió y entró un joven de unos veintiocho o treinta años. Iba vestido con un traje de *tweed* de color castaño claro y un sombrero. Florence no le vio abrigo alguno, como habría sido esperable en alguien que fuera a viajar a la costa en enero, aunque también era posible que lo llevara doblado sobre el brazo sin que ella lo advirtiera. No portaba equipaje ni bastón, ni un simple paraguas. Se sentó en el extremo izquierdo, junto a la ventana, al otro lado de Florence en diagonal, en el sentido contrario de la marcha.

Oyeron el silbato del guarda de la estación: el último aviso.

Mabel se acercó a la puerta y el hombre se puso en pie.

—Permítame —le dijo él.

—No, gracias —respondió Mabel—. Ya puedo hacerlo yo.

Entonces, abrió la ventanilla tirando del asa de cuero, se asomó al exterior para girar el picaporte y empujó la puerta hacia fuera. Florence se quedó sentada, sin acusar la presencia de su compañero de viaje, con un periódico en el regazo y las lentes para leer apoyadas en la punta de la nariz. Mabel salió del compartimento, cerró la puerta tras de sí y se quedó mirando en el andén. No pasó mucho tiempo hasta que el guarda hizo sonar el último pitido con su silbato. El tren se puso en marcha, muy despacio al principio, para ir cobrando impulso poco a poco hasta alcanzar la velocidad máxima al llegar al primer túnel. Aquella sería la última vez que se vería a Florence Nightingale Shore con vida.

PRIMERA PARTE

1919-1920

Víspera de Navidad de 1919

Zigzagueando entre la multitud a través de King's Road, con el cuello del fino abrigo levantado para protegerse del viento frío, Louisa Cannon caminaba por la acera con la cabeza gacha y los pies ligeros. Pese a que los contornos de la calle se habían desdibujado bajo la oscuridad que empezaba a reinar, la muchedumbre no había decrecido en lo más mínimo. Las parejas de compradores se detenían a contemplar los elegantes escaparates, decorados con lucecitas eléctricas y tentadores regalos navideños: montañas de delicias turcas en cajas de cartón de colores, cuyos confites rosas y verdes parecían resplandecer bajo la espesa cobertura de azúcar glas; los semblantes pálidos y vidriosos de las flamantes muñecas de porcelana, con sus piernas y brazos rígidos, sus vestidos de algodón almidonado y la delicada puntilla de sus enaguas asomando bajo el ruedo de sus faldas en gruesas capas.

19

Detrás de ella, los lujosos almacenes Peter Jones habían colocado un árbol ante cada escaparate que daba a la calle, con lazos rojos y verdes primorosamente atados a las ramas y adornos de madera que colgaban de los abetos color verde oscuro: caballitos pintados, estrellas plateadas que giraban sobre sí mismas, huevos de oro, bastones de caramelo a rayas. Cada uno de los objetos representaba a la perfección las fantasías que pudiera tener cualquier niño, a las que hubieran insuflado vida de forma exquisita ahora que la guerra y el racionamiento habían terminado.

Delante de la tienda había un hombre con las manos a la espalda y el rostro bañado por la suave luz de los escaparates.

Louisa se preguntó si estaría lo bastante absorto como para no percatarse si alguien le metiera la mano en el bolsillo en busca de su cartera. Había estado toda la mañana recordando en bucle las palabras de despedida de su tío: «No vuelvas a casa sin un botín decente. Estamos en Navidad, habrá en abundancia». Alguien debía de estar presionándolo, ya que últimamente estaba de un humor de perros y con muchas exigencias.

Cuando se acercó a él, el hombre se dio la vuelta de pronto y se llevó las manos a los bolsillos. Debería haberle importado, pero en realidad se sintió aliviada.

Louisa se tapó un poco más la barbilla y siguió esquivando los botines de encaje y los zapatos de charol que circulaban por la acera. Además de a su tío, volvía a casa para ver a su madre, quien estaría postrada en la cama, no muy enferma pero tampoco demasiado sana: las penas, el trabajo duro y el hambre habían hecho mella en su magro cuerpo. Distraída como estaba, Louisa percibió el calor del puesto de castañas antes de verlo, y el humo incisivo le revolvió el estómago vacío.

Al cabo de unos minutos, empezó a pelar la dura cáscara de una castaña ardiente en pequeñas tiras, y usó los dientes para mordisquear el dulce fruto que ocultaba. Se prometió que solo comería dos y le llevaría el resto a su madre, con la esperanza de que no se hubieran enfriado demasiado cuando llegara a casa. Se apoyó contra la pared que había detrás del puesto y disfrutó del calor de su fuego. El vendedor de castañas era un hombre risueño y en la calle reinaba un ambiente alegre y festivo. Louisa sintió que sus hombros se relajaban y se dio cuenta de que los había tenido encorvados durante tanto tiempo que había dejado de darse cuenta de ello. En ese momento alzó la vista y reconoció a alguien que avanzaba por la calle en su dirección: Jennie.

Se encogió contra la pared y trató de ocultarse entre las sombras. Guardó la bolsa de castañas en su bolsillo y se subió el cuello del abrigo. Jennie estaba cada vez más cerca y Louisa se supo atrapada: no podía moverse de donde estaba sin dejarse ver. Se le aceleró la respiración y, en un ataque de pánico, se agachó fingiendo atar los cordones de sus botines.

—¿Louisa? —Una mano, protegida por un guante contra el frío invernal, se posó en su codo con suavidad. La esbelta figura vestía un abrigo de terciopelo a la última moda, de corte amplio y adornado con plumas de pavo real. Si bien el abrigo de fieltro verde de Louisa había tenido el mérito de realzar su talle delicado en el pasado, lo único que conseguía ahora era hundirla en la mediocridad. No obstante, la voz que le habló sonaba cálida y amable—: ¿Eres tú?

No había escapatoria. Louisa se puso en pie y trató de aparentar sorpresa.

—¡Vaya, hola, Jennie! —la saludó. La proximidad entre el delito que había estado a punto de cometer y la llegada de su vieja amiga le tiñó las mejillas de vergüenza—. No te había visto.

—Dichosos los ojos —respondió la joven. Su belleza, que empezaba a despuntar la última vez que Louisa la viera, había florecido hasta convertirse en algo majestuoso y delicado, como un candelabro de cristal tallado—. Santo cielo, ¿cuánto tiempo ha pasado? ¿Cuatro años? ¿Cinco?

—Sí, algo así. —Louisa introdujo una mano en el bolsillo para absorber el calor de las castañas.

De repente apareció otra figura, la de una muchacha un par de años más joven que Louisa, con una melena oscura y ondulada que le caía sobre los hombros y unos deslumbrantes ojos verdes que se asomaban al mundo bajo el ala de su sombrero. Sonreía como si disfrutara de presenciar aquel encuentro entre amigas. Jennie posó la mano en el hombro de la muchacha.

—Esta es Nancy Mitford. Nancy, te presento a mi antigua y buena amiga Louisa Cannon.

Nancy extendió una mano enguantada.

—Tanto gusto.

Louisa le estrechó la mano y tuvo que contenerse para no hacerle una reverencia. Puede que luciera una sonrisa amable en el rostro, pero mostraba la compostura de una joven reina.

—Nancy es la hija de unos buenos amigos de mis suegros —le explicó Jennie—. Puesto que su niñera se ha despedido y el aya está agotada, pensé que podría echarles una mano.

—Se fugó con el hijo del carnicero —la interrumpió Nancy—. Todo el pueblo es un hervidero. Es lo más divertido que he oído en mi vida, y Papu no ha parado de rabiarse desde entonces. —Estalló en unas carcajadas que Louisa encontró de lo más contagiosas.

Jennie fingió dirigirle una mirada severa y siguió con lo que estaba diciendo.

—Y, en fin, ese es el motivo de que hayamos salido a tomar el té. Nancy no había probado nunca el pastel de frutas que sirven en Fortnum, ¿te lo puedes creer?

Louisa no supo qué responder ante aquello, puesto que ella tampoco lo había probado nunca, así que al final dijo:

—Espero que lo hayáis disfrutado.

—Oh, sí —contestó Nancy—, estaba delicioso. Normalmente no me permiten degustar los manjares de los idólatras católicos. —Hizo una leve cabriola con los pies, aunque Louisa no estaba segura de si se trataba de una caricatura de entusiasmo infantil o si era real.

22 —¿Cómo estás? ¿Y tus padres? Pareces... —Jennie titubeó, solo por un instante, pero fue suficiente—. Tienes muy buen aspecto. Cielos, qué frío hace, ¿verdad? Y queda tanto por hacer... ¡Mañana es Navidad! —Soltó una risita nerviosa.

—Estamos bien —dijo Louisa, un poco agitada—. Como siempre, ya sabes. Seguimos adelante.

Jennie la tomó del brazo.

—Prometí que llevaría a Nancy a casa y ya me estoy retrasando. ¿Por qué no nos acompañas un poco para que podamos hablar unos minutos más?

—Sí —cedió Louisa—. Por supuesto. ¿Queréis una castaña? Las he comprado para mi madre, pero no he podido resistirme a probar una o dos.

—¿Estás diciendo que no son tuyas? —bromeó Jennie, tras lo que le hizo un guiño exagerado a su amiga, acompañando de un codazo en las costillas. Al final logró arrancarle una sonrisa a Louisa, que mostró sus rectos dientes con un brillo en sus ojos leonados.

Peló una castaña para cada una, y Jennie sostuvo la suya entre las puntas de sus dedos antes de echársela a la boca,

mientras que Nancy hacía lo propio. Louisa aprovechó la ocasión para observar a su amiga.

—Tú sí que tienes un aspecto espléndido. ¿Qué tal te va? Jennie no volvió a reír, sino que sonrió.

—Me casé con Richard Roper el verano pasado. Es arquitecto. Pronto nos iremos a Nueva York, porque quiere alejarse de Europa. Dice que está demasiado devastada por la guerra. Allí hay más oportunidades, o al menos, eso esperamos. ¿Qué hay de ti?

—Pues yo no estoy casada —dijo Louisa—. No me dio tiempo a estarlo para poder votar, así que al final preferí no hacerlo. —Nancy dejó escapar una risita, cosa que la complació.

—Qué bromista eres —dijo Jennie—. No has cambiado nada.

Louisa se encogió de hombros. No le había sentado bien el comentario, pero sabía que Jennie no lo decía con mala intención.

—La verdad es que casi nada ha cambiado: sigo en casa, y mi madre y yo seguimos ganándonos la vida como podemos.

—Cuánto lo siento, tiene que ser muy duro para ti. Deja que te eche una mano, por favor. —Jennie se puso a rebuscar en su bolso, un cuadradito delicado que colgaba de una cadena plateada.

—No. Gracias, pero no es necesario. Nos apañamos. No estamos del todo solas.

—¿Te refieres a tu tío?

El rostro de Louisa se ensombreció durante un momento, pero se repuso y logró dedicarle una sonrisa a Jennie.

—Así es. Estaremos bien. No te preocupes. Venga, caminemos juntas. ¿Adónde ibais?

—Voy a dejar a Nancy en casa, y después me reuniré con Richard. Hemos quedado con unos amigos para ir a bailar al 100 Club, ¿lo conoces? Tienes que ir. Las cosas han cambiado mucho, y Richard es un hombre muy atrevido. Supongo que por eso se casó conmigo. —Bajó la voz, en tono de complicidad—. No me parezco en nada al resto de las esposas...

—Sí, no creo que los de nuestra clase frecuenten mucho esos ambientes. Pero tú siempre fuiste mucho más distinguida que los demás. Recuerdo que insistías en que había que

almidonar los camisones. ¿No llegaste a escamotear algo de almidón del armario de mi madre?

Jennie se tapó la boca con la mano.

—¡Es cierto! ¡Se me había olvidado completamente! Le dije que iba a ser su ayudante, pero ella soltó una carcajada y me echó de allí con cajas destempladas.

—Me temo que las lavanderas no suelen tener ayudantes, aunque yo la ayudo en todo lo que puedo. No te lo vas a creer, pero ahora se me da muy bien zurcir.

Louisa era consciente de que Nancy no dejaba de escru- tarlas a ambas con sus ojos verdes, empapándose de todo. Se preguntó si no habría metido la pata al mencionar los orígenes humildes de Jennie delante de ella, pero pensó que esta era tan incapaz de mentir que Nancy ya lo sabría de todas formas. En todo caso, Jennie no parecía avergonzada en absoluto.

—Entonces, tu madre trabaja aún, ¿no? —preguntó Jennie, con expresión compasiva—. ¿Qué hay de tu padre? No seguirá encaramándose a las chimeneas, ¿verdad?

24

Louisa hizo el más leve de los asentimientos con la cabeza. No quería tener que explicar que su padre había muerto unos meses antes.

—Los llamábamos el señor Negro y la señora Blanca, ¿te acuerdas? —agregó Jennie.

Las dos jóvenes se echaron a reír, apoyándose en la cabeza y el hombro de la otra, y, durante un segundo, volvieron a ser las colegialas con coletas y baberos que habían sido.

Las estrellas empezaron a brotar sobre el límpido cielo oscuro, aun cuando no tuvieran nada que hacer en la batalla frente a la luz de las farolas. Los coches circulaban atronando sobre la calzada, aunque no resultaba fácil discernir el significado de sus frecuentes bocinazos, pues sonaban igual cuando protestaban por la lentitud de un vehículo que cuando saludaban a algún conocido que pasaba por la acera. Los compradores, cargados de bolsas, chocaban con las tres muchachas al pasar, importunados por las jóvenes que interrumpían con su paso relajado el ritmo constante de la muchedumbre.

Jennie miró su reloj de pulsera, y luego a su amiga con tristeza.

—Debo irme, pero me encantaría volver a verte pronto. Echo de menos a mis antiguas amistades... —Su voz se fue apagando. No era necesario aclararlo.

—Por supuesto —contestó Louisa—, será un placer. Ya sabes dónde estoy: donde siempre. Espero que lo pases bien esta noche, ¡y feliz Navidad! Me alegro mucho por ti, de verdad.

Jennie asintió con la cabeza.

—Sé que lo haces. Gracias. Y feliz Navidad a ti también.

—Feliz Navidad —dijo Nancy, despidiéndose con la mano. Louisa le devolvió el gesto.

Sin más, Jennie y Nancy se dieron la vuelta y echaron a andar calle abajo por King's Road, mientras los hombres se apartaban a su paso cual si ellas fueran como Moisés separando las aguas.

Para Louisa, las Navidades siempre habían supuesto una alegre pausa de su rutina invernal, aunque ese año, sin la presencia de su padre, ni ella ni su madre estaban de humor para seguir llevando a cabo sus pequeñas tradiciones. Así pues, no pusieron los adornos, ni compraron un árbol en el mercado. A fin de cuentas, «solo era un día», como había murmurado su madre.

26 Louisa estuvo de acuerdo en actuar como si hubiera sido un jueves normal. Su tío, Stephen Cannon, se había quedado en la cama hasta el mediodía, y apenas si había mascullado una felicitación navideña a su sobrina y su cuñada, sentadas junto al fuego —Louisa leyendo a Jane Eyre, su madre tejiendo un jersey verde oscuro—, antes de ir renqueando hasta la cocina a por una cerveza. El perro de Stephen, Socks —un chucho negriblanco de patas largas y orejas suaves que holgazaneaba a los pies de Louisa—, fue con diferencia quien más disfrutó de la velada.

Después de que Stephen se desplomara sobre el sillón, Winnie arregló una puntada suelta y se acercó un poco más a la chimenea.

—Tenemos lomo de cerdo para cenar —informó a su cuñado con una levísima inclinación de cabeza—. Además, la señora Shovelton me ha regalado un pequeño budín de Navidad.

—¿Y eso por qué? —espetó Stephen—. Malditos arrogantes. Más habría valido que te hubieran dado otra media corona. Nos vendría mejor que un budín.

—La señora Shovelton siempre se ha portado bien conmigo. Ya sabes que tuve que dejar el trabajo dos semanas cuando tu hermano... Cuando Arthur... —Winnie soltó un hipido y bajó los ojos, respirando hondo, tratando de mantener el pánico a raya. Su ansiedad había ido a peor en los últimos tiempos, y no todas las patronas se mostraban tan comprensivas cuando su colada llegaba un día más tarde de lo pactado.

—Calla, Ma —dijo Louisa—. Ha sido un bonito detalle por parte de la señora Shovelton. Creo que tengo algunas monedas para meterlas en el budín. —Fulminó a su tío con la mirada, quien se encogió de hombros y tomó un trago de su bebida.

Por suerte, después del cerdo y de las patatas, Stephen anunció que se iba a echar una cabezadita en el sillón. Louisa y su madre hicieron acopio de todo su espíritu navideño para concentrar sus esfuerzos en el budín. Louisa colocó tres medios peniques dentro y una ramita de acebo encima. No tenían brandy con el que flambearlo, y aunque por un momento se plantearon si un chorro de cerveza surtiría el mismo efecto, terminaron por descartar la idea.

—Feliz Navidad. —Louisa alzó la primera cucharada en el aire con gesto triunfal—. Por papá, ¿no?

A Winnie se le empañaron los ojos, pero miró a su hija con una sonrisa.

—Sí, cariño. Por papá.

Dieron buena cuenta del postre, sin molestarse en dejarle nada a Stephen, y se pusieron a limpiar, dos figuras casi idénticas que trajinaban codo con codo en la apretada cocina, como siempre habían hecho: Louisa fregaba y Winnie secaba. Al despertarse, Stephen se limitó a coger su abrigo y decir que se iba a la taberna, antes de salir dando un portazo seguido de Socks, que correteaba tras él. Madre e hija prosiguieron con sus sosegados quehaceres y aprovecharon para irse a la cama a la hora más temprana que les permitía la decencia: a las nueve de la noche. Al otro lado de las paredes se podía oír a los vecinos coreando una vocinglera interpretación de *El buen rey Wenceslao*, y sabían que no sería la última.

Al cabo de unas horas, Louisa salió de un sueño ligero para descubrir que Stephen la zarandeaba por los hombros.

—¿Qué pasa? —susurró para no despertar a su madre, que dormía a su lado.

Hizo un repaso mental de las personas a las que conocía sobre las que podrían alertarla en plena noche, pero le costó dar con alguna. ¿Tal vez la señora Fitch, la vecina de al lado, quien cuidó de su viejo gato años atrás, cuando pasaron cinco días en Weston-super-Mare? ¿La señora Shovelton? Sus abuelos hacía mucho que habían muerto, dado que Louisa había sido «una feliz sorpresa» para sus padres, quienes tenían cuarenta y cuarenta y seis años cuando nació ella. Sin embargo, Stephen se acercó los dedos a la boca, levemente descentrados, y la agarró del hombro con firmeza para que saliera de la cama.

—¡Ya voy, ya voy! —susurró más alto, frotándose la cara para despejarse. Su madre se dio la vuelta desde su lado de la cama, emitiendo un suspiro ronco—. No te sulfures tanto. —Se encaminó hasta la cocina, donde la esperaba Stephen—. ¿Qué sucede?

—Hay un hombre en la salita que quiere verte —dijo—. Está dispuesto a perdonarme una pequeña deuda si le concedes ese placer, así que será mejor que se lo concedas. —Su semblante inexpresivo se transformó en una mueca burlona.

—No te entiendo.

—Ya lo entenderás cuando entres. Vamos, ve. —La ahuyentó con los brazos, como si fuera un perro callejero que lo importunara pidiendo unas migajas.

—Ni hablar —se negó Louisa. Ya sabía a lo que se refería—. No. Se lo diré a Ma.

Su tío le cruzó la cara con un solo movimiento de su manaza abierta, con tal fuerza que estuvo a punto de tirarla al suelo, descalza como iba. La bata se le abrió un poco en torno al camisón al enderezarse, y trataba de aferrarse a la mesa de la cocina cuando la alcanzó un segundo bofetón en la misma mejilla, esta vez con el dorso de la mano. Sintió su escozor y la mandíbula comenzó a palparle de dolor. No se le escapó ni una lágrima; tenía los ojos secos y la garganta más seca aún.

—Tu madre no tiene por qué enterarse. Ya tiene bastante de qué preocuparse, ¿no crees? Y ahora, lo diré por última vez, entra ahí.

Louisa miró a su tío con frialdad durante largo rato. Él le devolvió la mirada y señaló la puerta con la barbilla. «A esto hemos llegado», pensó ella.

Stephen era el único que se había dado cuenta de que ya no era una niña. Una o dos veces le había dicho que era «algo más que una cara bonita», un leve cumplido que ella había aceptado con gusto. Ahora lo entendía todo.

Retiró la mano de su mejilla y se envolvió mejor en la bata, apretando el nudo con fuerza. Entonces se dio media vuelta y entró a la habitación contigua, cerrando la puerta con suavidad para no despertar a su madre.

De pie junto a la chimenea, cuyas brasas se habían extinguido horas antes, había un hombre al que recordó haber visto en la taberna del final de la calle, cuando iba a llamar a Stephen para la cena: Liam Mahoney. Se le hizo un nudo en la garganta.

Los ojos del hombre parecían rendijas, y su mentón mostraba determinación. Louisa se quedó junto a la puerta, con la mano en el picaporte. «Mientras siga aquí, estaré a salvo», pensó.

29

Estando casi a oscuras, le dio la sensación de que el resto de sus sentidos se agudizaban. Fue capaz de oler la cerveza en su aliento, el sudor que brotaba de cada poro; casi podía percibir la suciedad que llevaba bajo las uñas. Oyó un rumor como si alguien arrastrara los pies al otro lado de la puerta: Stephen habría pegado la oreja para escuchar.

—Acércate más, muchacha —le dijo Liam, al tiempo que se llevaba la mano a la hebilla del cinturón, arrancando un destello de latón en la penumbra.

Louisa no se movió ni un ápice.

—Eres una jovencita un poco maleducada, ¿no?

Louisa apretó los puños.

Él suavizó el tono.

—No tienes nada que temer. Solo quiero echarte un vistazo. Podrías ganar una fortuna con esa cara, ¿lo sabías? —Se rio entre dientes a la vez que avanzaba hacia ella alargando la mano. Louisa dio un respingo y se cruzó de brazos.

—De eso nada —replicó—. No pienso darle lo que busca, sea lo que sea. Si me toca, me pondré a gritar.

El hombre soltó una carcajada que sonó como un ladrido.

—Chitón. No hace falta que te pongas así. Mira, la cuestión es que... —Bajó la voz e inclinó la cabeza para susurrarle directamente al oído. El olor a alcohol y a sudor volvió a inundar la nariz de Louisa, que cerró los ojos—. La cuestión es que tu tío me debe dinero. Si haces un trabajito para mí, me olvidaré de su deuda. Ven conmigo a Hastings y te traeré de vuelta en menos que canta un gallo. Nadie tiene por qué enterarse de nada.

Louisa seguía de pie junto a la puerta. Le pareció oír a Stephen, un sonido amortiguado. Lo imaginó llevándose el puño a la boca.

Liam la empujó contra la pared con una mano. Fue entonces cuando el miedo se instaló en ella. Levantó los brazos para apartarlo, pero él era más fuerte. Le sujetó los brazos con una mano y deslizó la otra por su costado, recorriendo la curva de su cintura y el hueso de la cadera.

30 Louisa se quedó inmóvil. Tendió la vista más allá del hombre, hacia la ventana que quedaba al otro lado, con las cortinas echadas que no llegaban a unirse en el medio, encogidas por el paso de los años. A través del hueco, la luz amarillenta de una farola parpadeaba suavemente. La calle estaba vacía. Miró la acera, los penachos de hierba que crecían entre sus grietas. Deseó poder introducirse en esas grietas y agazaparse en la oscuridad que allí reinaba. Ya había estado antes allí, y era donde se encontraba más a salvo.

Entonces se oyó un sonido desde las escaleras: su madre la estaba llamando.

Liam la soltó de pronto y ella se desplomó, tomando aire. Él se alejó unos pasos, se abrochó los botones y se levantó el cuello de la chaqueta.

—Solo será una noche en Hastings —dijo—. No es para tanto.

A partir de ese momento, Louisa no fue consciente de mucho más, aparte de que el hombre salía al pasillo y se producía un murmullo de voces. Después, los pasos pesados y erráticos de Stephen subiendo el corto tramo de escaleras. Y por fin, el silencio.

Louisa se puso en marcha de forma mecánica y entró en la cocina, donde puso el agua a hervir en la tetera y preparó el té con cuidado. Entonces calentó el cazo, vertió la leche en una jarra y sacó una taza y un platillo del fondo del armario. El juego de porcelana azul y blanca había sido un regalo de su padre a su madre, comprado justo antes de que ella naciera. Así pues, la taza y el platillo habían existido más tiempo que ella, desde hacía diecinueve años al menos, aunque parecían menos desportillados y agrietados de lo que se sentía ella.

No se echó a llorar hasta que se sentó a la mesa delante de la taza de té, aunque no por mucho tiempo. Se enjugó el rostro con las palmas de las manos y meneó la cabeza. Había llegado el momento de hacer algo. Dio un respingo al recordar que Nancy había comentado que su niñera se había despedido. Cabía la posibilidad de que todavía no hubieran encontrado a nadie. Jennie lo sabría. Louisa sacó papel y lápiz de un cajón de la cocina y empezó a escribir la carta con la que esperaba poder cambiarlo todo.

12 de enero de 1920

Cuando Louisa y su madre salieron por la puerta trasera de la casa pintada de blanco de la señora Shovelton en Drayton Gardens, dedicaban toda su atención a su carga. Louisa, que quería evitar que su madre acarreara más peso del que fuera estrictamente necesario, había llenado su propio cesto casi el doble que el de ella.

32 Jennie había respondido a su carta, aconsejándole que escribiera al ama de llaves de los Mitford, la señora Windsor. «Y, por cierto, querida —había añadido—, será mejor que menciones cualquier experiencia que hayas tenido en el cuidado de niños. Hay seis en la casa.» Desde entonces habían pasado casi dos semanas. Después de no haber recibido contestación por parte de la señora Windsor, y sin hallar otra solución para alejarse de su tío, tenía otras preocupaciones más acuciantes que un cesto de ropa sucia. El viento cortante las obligaba a agachar la cabeza, y el resplandor metálico del sol invernal, aún bajo en el cielo, les quemaba la nuca mientras caminaban sin pausa con la faena del día a cuestas.

De camino a casa, Louisa divisó a su tío Stephen con su sombrero de copa baja, apoyado en una farola y fumando un cigarrillo que tiró al suelo al verlas. Socks también estaba allí, sentado obediente sobre sus cuartos traseros, a los pies de Stephen. El perro se levantó para acercarse a Louisa, pero se detuvo tras un silbido corto de su amo. Stephen le dio una golosina que sacó de su bolsillo y acarició su suave cabeza. Después pintó una sonrisa en su rostro que no irradiaba ni la más mínima calidez. Louisa reparó en todo aquello, pero

no se separó de su madre y siguió mirando al frente sin parpadear, hacia la calle principal, con sus gentes y sus coches. Testigos.

—Eh, eh —vociferó él a sus espaldas—. ¿Es que no pensáis saludar?

La madre de Louisa se volvió hacia él y lo miró sorprendida.

—¿Stephen? Pero si hoy no es día de paga.

—Lo sé.

—Entonces, ¿por qué estás aquí?

—¿Acaso no puedo saludar a mi querida cuñada y a mi encantadora sobrina? —repuso Stephen antes de aproximarse a ellas con gesto inexpresivo. Socks lo siguió a paso lento. Louisa se estremeció y se preguntó si no iría a desmayarse—. Se me ocurrió venir a echaros una mano —dijo, asiendo el cesto de Louisa. Ella se resistió durante un segundo, pero él se lo arrebató sin esfuerzo. Entonces se dirigió a Winnie, curvando las comisuras de la boca pero sin mostrar los dientes—. Así podréis volver antes y más cómodas.

Winnie lo miró impasible y continuó caminando en la misma dirección, hacia su casa y contra el viento del este. Stephen permaneció inmóvil en la acera, cual si fuera sir Walter Raleigh arrojando su capa al suelo ante Isabel I. Louisa vio que su madre alzaba el cesto sobre su espalda cansada y sus hombros redondeados y echó a andar detrás de ella. Lo que no vio fue que su tío dejaba el cesto sobre la acera y alargaba la mano para agarrarla del codo.

—De eso nada, prenda—masculló él. En ese momento, Winnie dobló la esquina y dejó de oírlos entre el ruido del tráfico y el traqueteo estridente de un carruaje de caballos. Louisa supo que su madre no miraría atrás—. Sé lo que te traes entre manos.

—No me traigo nada entre manos. Déjame en paz. —Louisa tiró del brazo, pero Stephen la apretó con más fuerza y empezó a alejarse con ella de la calle principal.

—¡No podemos dejar la colada ahí tirada! —protestó Louisa—. Se la cobrarán a Ma y no recibiremos paga. Si es necesario que vaya contigo, al menos deja que la lleve a casa primero.

Stephen se lo pensó un momento y negó con la cabeza.

—Ya la encontrarán. No está ni a diez yardas de la puerta. —Sin embargo, mientras miraba el cesto abandonado en mitad de la acera, aflojó su presa.

Louisa se zafó de él y echó a correr de vuelta hacia la casa, pese a no estar del todo segura de lo que haría al llegar; no se creía con el valor necesario para llamar a la puerta. Lo más probable era que el mayordomo de la señora Shovelton no reconociera en ella a la hija de la lavandera, a pesar de que hubiera acompañado a su madre a recoger la colada durante los últimos seis años. Y aunque la reconociera, se escandalizaría tanto al verla en la entrada —cuando era obvio que se trataba de una sirvienta y no de una visita de la familia—, que seguramente le cerraría la puerta en las narices.

Louisa descartó la idea tan pronto como se le había ocurrido y siguió corriendo, cada vez más lejos de su madre, hasta una callejuela de antiguas caballerizas donde podría dar esquinazo a su tío, o lograr que perdiera pie sobre los resbaladizos adoquines.

34

Sin embargo, su vacilación ante los escalones de la puerta demostró ser fatal, y esta vez Stephen la agarró por ambas muñecas y se las sujetó tras la espalda. Louisa contrajo el rostro de dolor y dobló los codos y las rodillas para desembarazarse, pero él rodeó sus finas muñecas sin dificultad con una de sus manos, a la vez que aferraba un mechón de su pelo y su nuca con la otra. Las manchas de nicotina de color amarillo oscuro de las uñas de su tío pasaron ante sus ojos revolviéndole el estómago.

—Yo de ti no lo haría —le advirtió con desprecio—. Tú te vienes conmigo.

Louisa dejó de resistirse. Su tío era más grande y violento que ella; no tenía la más mínima posibilidad de éxito. Él sintió que se rendía y disminuyó la presión sobre su nuca, aunque mantuvo sus brazos a su espalda. Una mujer, que caminaba a toda velocidad por la otra acera, taconeando como un poni adiestrado, les lanzó una ojeada pero prosiguió su camino.

—Buena chica —le dijo Stephen en tono tranquilizador—. Si me hubieras hecho caso desde el principio, podríamos habernos ahorrado todo esto.

Como si él fuera un policía y ella una criminal, Stephen condujo a Louisa hasta el otro extremo de las caballerizas para salir por Fulham Road, donde llamó a un taxi. Si al conductor le extrañó ver que un hombre con botas de obrero y un abrigo remendado obligaba a una joven con ropas corrientes y un sombrero barato a subir a su taxi, en compañía de un perro, desde luego no lo demostró.

—A la estación Victoria —ordenó Stephen—. Y rápido.

12 de enero de 1920

La alta figura de Guy Sullivan se doblaba de risa, con el sombrero a punto de resbalar de su cabeza y las costuras de la chaqueta a punto de estallar.

—¡Ya basta, Harry! No puedo más.

36 Harry Conlon pareció dudar entre detenerse o continuar con el delicioso tormento que le infligía a su amigo. Habían hecho un descanso para tomarse un té rápido en la oficina del jefe de la estación de Lewes, adonde habían acudido para investigar la desaparición de un reloj de bolsillo. El jefe de estación, el señor Marchant, era conocido por llamar a la policía ferroviaria de Londres, Brighton y la Costa Sur casi todas las semanas a causa de delitos imaginarios.

—De todos modos —les había recordado el superintendente Jarvis con tono solemne—, eso no quiere decir que esta vez no pueda estar en lo cierto. Si quieren ser buenos policías, no deben dar nada por sentado, muchachos. Acuérdense del pavo, que suponía que la llegada de la mujer del granjero cada mañana significaba que iba a recibir su alimento, hasta que acabó descubriendo su error...

—El día de Nochebuena. Sí, señor —lo interrumpió Harry.

—Correcto, el día de Nochebuena. Bien dicho, Conlon —masculló Jarvis, tras un carraspeo—. Y bien, ¿a qué esperan?

Harry y Guy habían salido a toda prisa del despacho del súper, un cuarto estrecho que no albergaba más que un escritorio cubierto de cuero y la silla de madera de su ocupante, aunque poseyera la atmósfera de la sala primera del tribunal londinense de Old Bailey para quienes eran convocados entre sus

paredes manchadas de humo. La puerta conducía directamente al andén número doce de la estación Victoria.

—¿Cómo has conseguido que el jefe esté de tan buen humor con nosotros, Harry? —le preguntó Guy.

—No sé de qué me hablas —replicó el otro con una sonrisa de suficiencia.

—Claro que lo sabes. Normalmente son Bob y Guy quienes se encargan de estos asuntos. Esto no es tanto una investigación como un paseo agradable. Ya me estaba preparando para pasar otra mañana resintonizando la caja de señales.

—No te emociones tanto. Estamos en enero y hace un frío de mil demonios, así que tampoco te esperes un día de playa en junio —repuso Harry riendo—. Sin embargo, es posible que me haya asegurado de que el súper recibiera una caja de sus habanos favoritos por Navidad...

Cuando los reclutaron en la policía ferroviaria, cuatro años antes, Harry y Guy habían sido emparejados durante el periodo de entrenamiento. A primera vista, la elección podía resultar un tanto extraña. Harry parecía haber dejado de crecer a los doce años, aunque su belleza rubia podría hacerlo pasar por un ídolo de matiné en la penumbra de algún oscuro cabaret. En realidad, ya había intentado ese truco en alguna ocasión, con éxito variable. Guy, por el contrario, era alto —larguirucho, como decía su madre—, de pómulos marcados, con un flequillo castaño claro y una brecha entre los dientes. Las lentes gruesas y redondas se le escurrían por el puente de la nariz a cada momento. No obstante, ambos respondieron bien al humor del otro, y forjaron su amistad como dos hombres que habían sido excluidos de la guerra; Harry por mor del asma, Guy a causa de su miopía extrema.

El recuerdo de aquella mañana, cuando volvió a casa no con una orden de reclutamiento, sino con la notificación de su dispensa, acudía a la mente de Guy con implacable regularidad. En 1916, uno de sus hermanos había muerto ya, caído en la batalla de Mons al comienzo de la guerra. Otros dos se hallaban en Francia, en plenas trincheras, desde donde escribían cartas llenas de un estoicismo que se contradecía con su caligrafía temblorosa. Su padre pasaba muchas horas trabajando en la fábrica, y su madre se convirtió en un remedo apagado de la mujer que

había sido, fundida con las sombras de su propia casa, sin emitir sonido alguno, y mucho menos una palabra. Guy fue descartado durante el examen de la vista; desesperado por no fracasar, había tratado de descifrar las letras, pero estas se amontonaban borrosamente ante sus ojos, y supo que era inútil. Mientras volvía al número ocho de la calle Tooley, donde lo esperaba su madre, empezó a caer un aguacero y la lluvia resbaló por su espalda, calándolo hasta los huesos. Sin embargo, esa pequeña molestia resultaba insuficiente frente a sus ansias de sufrimiento físico, de hacer algo —lo que fuera— que le permitiera igualarse a sus hermanos en coraje. Cuando se detuvo ante la puerta, tratando de reunir el valor para abrirla, se sintió sumido en la humillación. Ni las lágrimas de su madre, quien sollozó de alivio sobre su pecho al enterarse, consiguieron disipar sus deseos de hacer la maleta y partir a la guerra.

38 Unirse a la policía ferroviaria de Londres, Brighton y la Costa Sur le había dado un sentido a su vida, un nuevo impulso al caminar, pese a que no hubiera logrado librarse del todo de las sonrisitas de suficiencia que despertaba a su paso. Cuando la señora Curtis, la del número diez, le dio la enhorabuena por haber superado el periodo de entrenamiento, no pudo abstenerse de añadir: «Pero no es la policía de verdad, sino la del tren, ¿no?». Sus tres hermanos habían regresado a casa el año anterior —Bertie, el más pequeño, se había alistado seis meses antes de que acabara la guerra— y todos encontraron trabajo como oficiales y peones de albañilería. Guy se alegró de verlos sanos y salvos, y pensó que tal vez su elegante uniforme y su gorra de policía le granjearían una pizca de respeto por parte de sus hermanos, pero cuando se vio obligado a reconocer que algunas de sus tareas incluían regar las plantas colgantes de la estación y sintonizar la caja de señales, el bochorno volvió a instalarse en su vida para no marcharse jamás.

Cuando Guy y Harry entraron en la oficina del señor Marchant aquella mañana, encontraron al jefe de estación paseando arriba y abajo con un reloj de bolsillo en la mano.

—¡Ah, por fin están aquí! —los recibió, con su cara de ar-

dilla transida de ansiedad—. Han vuelto a llegar tarde. Hace cinco minutos que abrí el cajón de mi escritorio y me encontré el reloj de bolsillo dentro.

Harry estuvo a punto de estallar en carcajadas, pero Guy le lanzó la mirada más severa que le permitieron sus gruesas lentes.

—Ya veo, señor —repuso Guy—. Puede que el ladrón lo devolviera a su sitio tras enterarse de que había denunciado el robo, ¿no cree?

El señor Marchant paró de dar vueltas y se quedó quieto como una estatua, contemplando a Guy como si acabara de descubrirle el sentido de la vida.

—¿Sabe qué? ¡Eso es exactamente lo que creo! Así ha debido de suceder.

Harry tuvo que fingir que buscaba su cuaderno de notas para esconder el rostro y sofocar las risitas que amenazaban con escaparse de su nariz. Guy logró mantener la compostura mientras iba apuntando lo que decía el señor Marchant y asentía con toda la seriedad que podía, hasta que sonó el teléfono y por fin pudo permitirse mirar a Harry con una sonrisa.

39

—Disculpen, muchachos —se excusó el señor Marchant—, pero el tren de Bexhill llega con retraso y debo ir a hacerme cargo. Sírvanse una taza de té si quieren.

Guy y Harry explotaron antes de que la puerta se cerrara del todo.

—Ese hombre está mal de la cabeza —dijo Harry—. Primero una medalla de guerra, luego un billete de cinco libras, después una estilográfica y ahora un reloj de bolsillo que aparece misteriosamente en el cajón de su escritorio horas después de que denuncie su robo.

—No sigas, por favor —le pidió Guy cerrando los ojos, doblado de risa—. Empieza a dolerme la barriga.

Harry se irguió y contrajo el rostro como lo hacía el jefe de estación.

—¿Hablo con la policía? —comenzó a decir, como si soltara gritos al teléfono—. Llamo para denunciar un delito muy grave...

Y así fue como ninguno de los dos reparó en que la puerta del despacho se abría de pronto.

12 de enero de 1920

40 **D**entro del taxi, Stephen sujetaba a Louisa de la muñeca, retorciéndole el brazo detrás de la espalda, aunque sin tanta firmeza como antes. Cuando el automóvil redujo la velocidad en un cruce, se le pasó por la cabeza la idea de huir saltando a la calzada, pero le intimidaba la cacofonía general de las calles. Los tranvías corrían en ambas direcciones sobre sus raíles de metal, soltando chispas por los cables del techo; los autobuses se inclinaban levemente al doblar las esquinas, con sus anuncios de jabón Pears bajo las siluetas de dos o tres pasajeros que tiritaban de frío en la planta superior sin techumbre. Por las aceras desfilaban niños que deberían haber estado en la escuela, anunciando las noticias con cartelones en el pecho y en la espalda: LLOYD GEORGE VUELVE A SUBIR LOS IMPUESTOS y ABANDONAN BEBÉ ANTE UNA IGLESIA. Un carruaje de caballos —una reliquia de los tiempos anteriores a la guerra— se alzaba como una estatua a un lado de la carretera, junto a un montículo de boñiga fresca como único testamento de la vitalidad de la bestia. Hombres jóvenes y solteronas de mediana edad pasaban a su lado bamboleándose sobre sus bicicletas, y lanzaban alguna mirada ocasional a través de la ventanilla del taxi, donde veían a un hombre de aspecto malencarado, con la vista al frente y el sombrero calado hasta las cejas, sentado junto a una muchacha con expresión afligida.

El corazón de Louisa latía con fuerza en su pecho. Socks estaba tumbado en el suelo de la cabina, tranquilo pero con las orejas replegadas.

Conocía a su tío demasiado bien como para no preocuparse

por dónde la llevaría. El padre de Louisa fue el más joven de seis hermanos, de los que Stephen había sido la oveja negra, escapándose de casa en cuanto pudo, para no regresar hasta que había algún funeral. «Pero no para presentar sus respetos —según decía su padre—, sino para ver si recibía alguna cantidad en herencia o sablearle unas monedas a una de sus tías.»

Stephen se había quedado en casa de Louisa en varias ocasiones a lo largo de su infancia, siempre por más tiempo del que era bienvenido, ya que sus padres eran demasiado blandos para pedirle que se marchara. Además, puesto que trabajaban todas las horas que podían, cuando Stephen se ofrecía para acompañar a Louisa al colegio por las mañanas, se lo tomaban como un merecido favor. Jamás supieron que en realidad la llevaba a las estaciones de tren, donde la instruía en «la escuela de la vida», como decía él, vaciando los bolsillos de los ricos o de cualquiera que se cubriera con un abrigo decente. Sin duda había aprendido unas cuantas lecciones, pero ninguna que le comentara a su madre. Stephen compraba su silencio con caramelos y un pegajoso sentimiento de culpabilidad. A fin de cuentas, sus padres ya tenían bastante de lo que preocuparse, ¿no era cierto? Recordaba amargamente que en muchas ocasiones se había sentido complacida al recibir sus atenciones, pues obtenía muy pocas en casa. No le gustaba lo que tenía que hacer para ganarse sus sonrisas, pero lo hacía de todos modos. Él le daba un chelín de vez en cuando —«una parte del botín», solía decir con una mueca burlona—, que ella había ido ahorrando en un tarro escondido debajo de su cama. Algún día reuniría lo suficiente para irse de casa, pensaba.

Por ese motivo, no fue una gran sorpresa cuando Stephen se dejó caer por el funeral de su padre y asistió a la pequeña velada posterior, que tuvo lugar en la taberna Cross Keys. Por aquel entonces ya lo acompañaba Socks, cachorro aún pero bien enseñado. Stephen se había ganado las simpatías de Louisa al asegurarle que era igualito que el perro que había tenido de niño. Ella ya se sabía la historia, pues se la había escuchado muchas veces, normalmente después de que Stephen se tomara una copa de más y empezara a ponerse melancólico. Según contaba, cuando era pequeño se había encontrado a un perro

por la calle que se llevó a casa, y aunque toda la familia se encariñó con él, Stephen era al único al que seguía a todas partes, y dormía a su lado por las noches, calentando su cuerpo tendido en el suelo del cuarto que compartían los seis niños. Cuando su padre echó al perro de casa por haberse comido las preciadas sobras de un estofado, a Stephen se le rompió el corazón. Socks era exactamente igual que ese perro, le dijo a Louisa, y ambos sonrieron al chuchó que agitaba la cola contra el suelo de la taberna.

Winnie estaba inconsolable después del funeral, y cuando Stephen se ofreció a acompañarlas para volver a casa, la niña bajó la guardia y agradeció el par de brazos de más. Dado que era tarde y se había consumido cerveza, habría sido una grosería no ofrecerle su cama para que pasara la noche. Ella podía compartir la de su madre sin problema, le dijo.

42 Como solía suceder, durante los días sucesivos no lograron hallar las palabras ni el momento adecuado para pedirle a Stephen que se marchara. Winnie y Louisa evitaron discutir el tema entre ellas, como si pronunciarlo en voz alta fuera a convertir su presencia en el piso en una realidad demasiado incómoda. Stephen nunca les daba dinero, aunque a veces llevaba a casa algo que había comprado, o más posiblemente ganado, a alguien en la taberna: un corte de ternera o un poco de cordero, para que no se quejaran de que no contribuía a las magras comidas que Winnie preparaba. Eso sí, siempre cortaba un pedazo para Socks antes de probar bocado él mismo. Stephen nunca mencionó de dónde venía el día del funeral, ni lo que había estado haciendo antes de reaparecer —habían pasado dos años desde la última vez que lo habían visto—, y ellas sabían que era mejor no preguntar.

Con el transcurso de las semanas aprendieron a tolerar su presencia, y se acostumbraron a ella como uno se acostumbra al dolor de rodilla: al principio te molesta a cada paso, pero luego empiezas a olvidarte de su existencia. Aparte del hecho de que se había apropiado del cuarto de Louisa y de que volvía a casa borracho casi todas las noches, la contribución neta de su personalidad a la vida cotidiana se reducía a unos gruñidos malhumorados y a una huella más profunda en el sillón en

el que solía sentarse Arthur, donde Stephen dormía ahora la mona después de comer, con Socks tumbado a sus pies.

Louisa pensó en su madre durante el trayecto en taxi; estaría preguntándose qué habría sucedido. Al mismo tiempo, sabía que Winnie no haría gran cosa al respecto. Tendría que ocuparse de la colada y estaría mucho más preocupada por la desaparición del cesto. Puede que volviera a casa de la señora Shovelton para ver si lo encontraba. Lo más probable era que devolviera la ropa que conservara y se resignara a perder el trabajo como un corderito, disculpándose por su descuido mientras salía por la puerta, a pesar de sus muchos años como lavandera sin haber extraviado ni un solo pañuelo. Louisa quería a su madre, pero en ocasiones la veía igual que a una de las fundas de almohada que lavaba y planchaba con tanto mimo: limpia, blanca, oliendo a detergente Lux y con el único propósito de complacer a los demás.

Si se atenía a los hechos, Louisa era consciente de que nadie estaba al tanto de que iba montada en un taxi de camino a la estación Victoria con su tío. Los trenes que salían de allí se dirigían hacia el sur, y eso era lo único que sabía. A pesar de tenerlo vacío, se le revolvió el estómago. Le lanzó una mirada de reojo a Stephen, pero el rostro de este permanecía imperturbable.

43

—¿Adónde vamos? —preguntó ella, con más fuerza en la voz de la que sentía.

—Eso da igual —respondió Stephen—. Pronto lo descubrirás.

—Suéltame el brazo, por lo menos. Me duele.

—¿Para que puedas saltar por la ventana? —Para dejarlo claro, volvió a retorcerle la muñeca, produciéndole un pinchazo de dolor que le llegó hasta el hombro—. De todos modos, ya casi hemos llegado.

El taxi se detuvo con una sacudida junto a la entrada de la estación. Stephen abrió la portezuela con una mano a la vez que seguía sujetando a Louisa con la otra. La sacó a rastras del auto y la mantuvo a su lado mientras buscaba cambio en sus bolsillos para pagar la carrera. Luego se inclinó sobre la ventanilla, le entregó el dinero al chófer y tiró de Louisa cuando arrancó.

—Con eso, ya me debes tres con seis —le dijo a su sobrina. Tenía la capacidad de convencerse a sí mismo de que todo gasto en el que incurría en su propio beneficio en realidad se le debía, como si fuera un santo que solo hiciera favores a los demás. Una vez, Louisa había visto el negativo de una fotografía y se había quedado maravillada ante la perfecta inversión de las luces y las sombras de la imagen que había bajo el cristal. Stephen era exactamente igual.

Ese recordatorio del carácter absurdo de su tío hizo que olvidara sus miedos. No se podía razonar con un hombre irracional. No iba a lograr convencerlo, y carecía de la fuerza física para liberarse de sus garras. Más le valía seguirle la corriente por el momento y mantenerse alerta ante la primera oportunidad que se le presentara para burlarlo. Él no era muy listo, así que no podía tardar demasiado.

—Tío —le dijo, y él volvió el rostro hacia ella sin aflojar el paso—, ¿podrías sujetarme por el otro brazo al menos? Este empieza a dolerme.

44

Stephen se detuvo, tratando de adivinar si no sería una de sus tretas. Luego aceptó con un gruñido y cambió las manos de lugar, sujetándola con el otro brazo y desplazándose a su derecha sin llegar a soltarla del todo. Louisa sacudió su brazo izquierdo, volviendo a sentir los dedos y la sangre que fluía de nuevo en libertad. Cuando se colocó al otro lado, se fijó en un trozo de papel que asomaba del bolsillo del abrigo de su tío. No podía verlo muy bien, nada más que una esquina, pero su color cremoso y su textura gruesa le llamaron la atención. Era un sobre. Stephen no era un hombre que recibiera muchas cartas; desde luego, ninguna que estuviera escrita en material de calidad. Alzó la vista otra vez antes de que él pudiera percatarse de que la había visto. Sabía de qué carta se trataba, estaba completamente segura, y tenía que hacerse con ella.

A su alrededor pululaban los típicos viajeros ocupados que atestaban las principales estaciones de paso. Tanto los pasajeros de primera clase como los de segunda entraban y salían a través de sus enormes puertas, como abejas en una colmena: paletos de pueblo que llegaban en busca de trabajo a la ciudad, donde las calles estaban empedradas de oro, o eso era lo que

esperaban; hombres con sombrero de copa que se disponían a inspeccionar fábricas en el norte, seguidos de otros hombres con bombín, que agitaban sus maletines de cuero al ritmo de sus piernas de palillo.

En cualquier otro momento, Louisa habría disfrutado de la estampa: los puestos de flores, los quioscos de periódicos, los mozos de cuerda que empujaban montones de maletas apiladas. ¿Cuántas veces había deseado ser una de esas personas? Comprar un billete y montar confiada a un tren que la llevara a la otra punta del país, recorriendo campos y valles a toda velocidad, hasta llegar a algún lugar donde no la conociera nadie y todo fuera posible.

En lugar de eso, su tío la empujaba con brusquedad para comprar dos billetes a Hastings —«Solo de ida, en tercera clase»—. Apenas si oyó lo que respondía el vendedor acerca de un apeadero en Lewes, la primera parada, donde el tren se dividía en dos.

—¿Hastings? —preguntó Louisa cuando se alejaron. El nombre de Liam Mahoney resonó en su cabeza.

—Nos alojaremos con unos amigos por una temporada. Y ahora, cierra la boca.

Louisa se calló, pues necesitaba concentrarse en la carta que debía arrebatarse a Stephen del bolsillo. Si esa carta contenía una oferta para entrevistarla por el puesto de niñera, podía ser su salvación. Tenía que apoderarse de ella.

Se mantuvo en silencio mientras la conducía hasta el andén número nueve, donde ya podía verse un tren esperando sobre las vías. Stephen escogió un compartimento lateral en el que solo había otra pasajera: una mujer madura que sollozaba sin hacer ruido sobre su pañuelo y que apenas pareció reparar en ellos. Con un silbido, un siseo y una sacudida, el tren se puso en marcha, y solo entonces aflojó Stephen la presa sobre su sobrina. Se sentaron uno al lado del otro, Louisa rígida y tiesa como una vela, a la vez que se repetía que no debía volver a mirar el bolsillo de Stephen. Su tío se caló el sombrero sobre los ojos, se cruzó de brazos y tendió la vista hacia la ventana.

Mientras el tren se alejaba soltando vapor, Louisa contempló la silueta cada vez más distante de Londres, las mosquiteras

grises de las ventanas y los ladrillos ennegrecidos de las casas al sur del río. Aquel panorama no tardó en dar paso a los campos de hirsuta tierra parda de Sussex, claramente delimitados del cielo por sus filas uniformes de setos. Las granjas estaban repartidas tanto cerca de la vía como lejos de ella, permitiendo a veces que los pasajeros observaran de cerca los cántaros de leche que esperaban ser cargados en una carreta junto a la puerta de un establo, mientras que en otras solo se vislumbraba una voluta de humo que salía de una chimenea. Al salir del primer túnel, Louisa no pudo sino admirarse ante la visión de un rebaño de vacas pardas y blancas tumbadas juntas al borde de un prado, con un único toro en pie delante de ellas, como un parlamento perezoso y su primer ministro. Luego atravesaron dos túneles más, que sumieron el vagón en una oscuridad casi completa, bajo la que el estruendo del tren taladró opresivamente los oídos de Louisa.

«Ahora —pensó—. Coge la carta ahora.»

46 Alzó despacio la mano derecha y rozó con los dedos la gruesa lana del abrigo de Stephen. Recorrió el borde del bolsillo en línea ascendente, apoyando el codo sobre su cintura, con el corazón tan desbocado que sintió náuseas. Sin embargo, justo cuando su índice y su pulgar se cerraban en torno a la esquina del sobre, el compartimento salió de nuevo a la luz y tuvo que apartar la mano a toda prisa.

Stephen percibió el movimiento y le dirigió una mirada hosca, pero ella mantuvo el rostro inexpresivo y la vista al frente. Lo vio palparse los bolsillos como si buscara algo, y comprobar en secreto que la carta seguía estando allí, antes de sacar su bolsa de tabaco y liarse un cigarrillo. El compartimento no tardó en llenarse de nubes de humo grisáceo. La anciana soltó una leve tos, pero sin interrumpir el ritmo de sus sollozos. Cuando Stephen estaba a punto de terminar el cigarrillo, y el resplandor rojo amenazaba con quemarle el borde de la uña, Louisa se percató de que el tren había comenzado a frenar. Al tiempo que las ruedas giraban más despacio, su corazón se puso a latir más deprisa, reverberando en su pecho hasta que sintió su palpitar en la garganta. El tren se detuvo y Louisa se levantó de repente.

—En serio, tío —dijo ella, todo sonrisas y alegría—, te estás comportando como un auténtico grosero. Esta pobre señora casi no puede ni respirar.

La anciana miró a Louisa. Stephen levantó el brazo, pero ella fingió no verlo y abrió la ventanilla, sonriendo a su compañera de viaje como si se compadecieran la una de la otra. Oyó el sonido de las puertas que se abrían y se cerraban hacia el final del tren mientras otros pasajeros entraban y salían, cuando el guarda del andén gritó el nombre de la estación: Lewes. Louisa bajó la ventanilla al máximo, se colocó de lado y sacó el brazo derecho fuera para tirar del picaporte.

—¡Siéntate! —Stephen se puso en pie, como sabía que haría, y se acercó a ella a la vez que arrojaba la colilla al suelo. Socks se incorporó de un salto. Louisa oyó el pitido del guarda, largo y penetrante. El tren emitió otro pitido en respuesta y ella sintió la sacudida de las ruedas que empezaban a girar otra vez.

No había tiempo para pensar. Louisa sacó la carta del bolsillo de su tío al tiempo que este se aproximaba a ella, como él le había enseñado a hacerlo, abrió la puerta de un empujón y saltó a las vías, rodando cuesta abajo mientras el tren cobraba velocidad, con la puerta batiendo y su tío de pie tras el vano, el rostro retorcido de furia, balbuceando sin efecto frente al siseo del vapor que ahogaba sus palabras.

Título original: *The Mitford Murders*

© 2017, Little, Brown Book Group Ltd.

La autora de este libro es conocida como Jessica Fellowes.

Primera publicación en el Reino Unido en 2017 por Sphere, un sello de Little, Brown Book Group.

Edición en lengua española publicada por acuerdo con Little, Brown Book Group, Londres.

Primera edición en este formato: septiembre de 2018

© de la traducción: 2018, Rosa Sanz

© de esta edición: 2018, Roca Editorial de Libros, S.L.

Av. Marquès de l'Argentera 17, pral.

08003 Barcelona

actulidad@rocaeditorial.com

www.rocalibros.com

ISBN: 9788417305222

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito de la editorial.